

LA INDUCCIÓN DE LA CONDUCTA CRIMINAL: UNA REALIDAD PSICOHISTÓRICA

ALBERTO ANGOSO GARCÍA

Quizá fuera casualidad que cuando, hace unos meses, llegó a mis manos el excelente artículo de nuestro colega Jaime Gutiérrez ⁽¹⁾ acerca del *"Distanciamiento emocional de los sociópatas"* me encontrara leyendo el último libro de Laurence Rees, *"Los verdugos y las víctimas"* ⁽²⁾.

Rees es un escritor y colaborador de la BBC británico que ha pasado la mayor parte de su vida investigando los genocidios que sucedieron en la II Guerra Mundial. Me llamó mucho la atención las similitudes fenomenológicas que se producen en unos y otros casos, todos ellos presentan este mismo rasgo común: el distanciamiento emocional, la absoluta falta de empatía que manifiestan los agresores hacia sus víctimas.

Laurence Rees relata, por ejemplo, la "indiferencia" de los aviadores aliados al despararrar miles de bombas incendiarias sobre ciudades pobladas donde habitaban mujeres, niños y personas no vinculadas al esfuerzo militar. En este caso, uno de los aviadores da su propia perspectiva muchos años después de la guerra: *"no es como clavarle a otro la bayoneta. Matar a distancia no produce ese efecto desmoralizador. Es un poco como hacer la guerra a través de un videojuego"*. Es evidente que, en este caso concreto, el distanciamiento emocional deriva del hecho concreto de que el agresor no tiene contacto con la víctima ni consciencia del alcance de sus actos.

Más escabrosas son las descripciones y puntualizaciones ofrecidas por los miembros de las SS, los soldados del ejército japonés y los comisarios del ejército soviético que asesina-

ron –o tomaron parte en el asesinato (violación y tortura en muchos casos)– de miles de personas por unas u otras razones. En estas ocasiones –según se desprende del testimonio de los propios autores– es dable entender que el distanciamiento se produce no por obra de un rasgo desviado intrínseco a la personalidad del asesino, como sucede en los sociópatas, sino en virtud de un componente inducido en el agresor a través de la propaganda o de unas formas de pensar atávicas en un contexto socio-cultural determinado. De este modo, cuando los nazis exterminaban a las comunidades judías y a poblaciones enteras de la Europa del Este, desde su modo de pensar, en realidad, no estaban matando personas sino a seres infrahumanos por los que, en última instancia, no había de sentirse compasión alguna. Este esquema mental había sido inducido por la propaganda del Estado hábilmente dirigida por Goebels. Así, las patrullas de las SS y numerosos miembros del ejército tenían un pretexto “racional” para justificar el asesinato sistemático de miles de personas en aras de la estabilidad emocional. No hace falta decir que el éxito de tal “pretexto racional” en la estabilidad anímica dependía de factores endógenos de personalidad individuales y muy variables; en consecuencia, mientras hubo ejecutores que manifestaron intensos estados de malestar acompañados de depresión, ansiedad, angustia o similares, otros parecían disfrutar con lo que hacían y no presentaron síntomas mórbidos de ningún tipo.

Rees expone muchos casos concretos, por ejemplo, O. Gröning, voluntario de las SS en la II Guerra y que ejerció su labor en el campo de prisioneros de Auschwitz, justifica este personaje su conducta en

aquel genocidio: “Los niños no eran el enemigo en aquel momento. El enemigo era la sangre que portaban, su capacidad para crecer y convertirse en judíos potencialmente peligrosos. Por eso los niños también resultaron afectados”. Obsérvese como el interlocutor omite la palabra “asesinados”, “exterminados” u otras semejantes.

Las justificaciones se repiten incesantemente en los relatos de los ejecutores y pueden ser de lo más variadas, unos aducen el duro contexto bélico –“(…) uno se vuelve loco cuando lleva dos o tres años en el campo de batalla. El cerebro se deteriora tanto que uno acaba haciendo cosas vergonzosas” – y otros relatan la necesidad de aquellos actos sanguinarios como una dura obligación imprescindible para vencer en una cruenta guerra donde la ética fue desbordada por las circunstancias: “¿Qué importa si lo que hicimos estaba bien o mal? Estábamos en guerra y había que obrar con firmeza”. Hay quien niega con vehemencia los hechos demostrados, como la existencia de los campos de concentración y el asesinato sistemático de millones de personas en tales centros: “Nunca, nunca, nunca. Nunca he visto nada semejante, por eso no me lo creo, no me lo creo”. Otros esgrimen que cumplían órdenes superiores insoslayables: “Lo habría cortado en pedazos si me lo hubieran ordenado”. No falta quien afirma que se sintió



“(…) el distanciamiento se produce (...) en virtud de un componente inducido en el agresor a través de la propaganda o de unas formas de pensar atávicas en un contexto socio-cultural determinado.”

“Este distanciamiento racional y emocional respecto a los actos cometidos impregna tan intensamente a la persona que inclusive se proyecta al futuro de manera harto inverosímil.”

imponente y sólo ante la desbordante ola que arrastraba a las masas: *“Cuando las masas gritaban ¡Heil!, ¿qué podía hacer una persona sólo? Lo que hace es decir amén y dijimos “amén” como todos los demás”.* Otros no sabían nada: *“Entonces no sabíamos tanto. Pero hoy lo sabemos, porque hemos visto películas terribles de campos de concentración y cosas semejantes. De pronto aparece lo peor y te dices: “¡Por el amor de Dios! ¿Y yo colaboré con esto?” Entonces no lo veíamos así, no sabíamos que se llegaría a esto”.* Quizá los más sinceros sean algunos colaboracionistas que se autoexculpan alegando el miedo a las consecuencias si actuaban contrarriente y se oponían al inmoral estado de cosas: *“Sólo había dos soluciones: o eras un mártir o mirabas a otro lado. Y yo no tenía valor para ser un mártir”.* Y, por último, una buena parte afirma haber sido engañados por la propaganda del régimen.

Este distanciamiento racional y emocional respecto a los actos cometidos impregna tan intensamente a la persona que inclusive se proyecta al futuro de manera harto inverosímil. Una de las cosas que más asombra en la lectura del libro es la ausencia o el escaso sentimiento de culpabilidad por parte de la mayor parte de los ejecutores, violadores, torturadores o genocidas. En todos los casos, los culpables no habían sido ellos mismos –aunque fueran los

autores materiales de los hechos– sino otros distintos, alejados en el tiempo y el espacio, que habían sido condicionados por la propaganda, la forma de pensar del momento, el fanatismo, las órdenes dimanadas desde arriba, el estado de shock que produce la guerra, el alcohol, la ignorancia, el miedo, etc, **da igual lo que sea con tal de no asumir la propia responsabilidad en aquellos actos.**

El caso quizá más llamativo es el del médico japonés K. Yuasa que experimentó distintas operaciones, sin anestesia ni paliativos para el dolor de ninguna especie, con prisioneros chinos perfectamente sanos a los que abría de arriba abajo para ensayar técnicas quirúrgicas y operaciones complicadas. Laurence Rees describe cómo el médico –entrevistado cincuenta años después de la guerra– *“apenas podía creer que hubiera obrado de ese modo (...) el doctor Yuasa parecía estar evocando a otra persona. Como si la discrepancia entre*



su conducta pasada y su actitud presente le hubiera obligado a distanciarse de los antiguos errores y forjar un "otro" más joven que no coincidía con la persona que era actualmente. Un Yo pasado que era como una especie de hermano menor descarriado, alguien próximo, alguien cuya mentalidad entendía, pero de quien no podía considerarse responsable en la actualidad".

El doctor Yuasa justifica su conducta de entonces: "Las autoridades dirían que había cometido un delito por desobedecer las órdenes y mis padres se encontrarían en una situación difícil. Habría sido un motivo de vergüenza para ellos".

Desde nuestra mentalidad y perspectiva actual, tal justificación se torna una burla cruel y despiadada; podemos preguntarnos: ¿Es que acaso importa más la vergüenza de unos padres que la tortura salvaje de unos pobres prisioneros que, estando plenamente conscientes, son abiertos con el bisturí para ser operados y servir de blanco de ensayo para los aprendices, amputados de brazos, piernas y otras partes del cuerpo y así seguir durante horas practicando con ellos hasta la muerte? Pero el problema es mucho más profundo, problemático y trágico y, en verdad, hace replantearse las cualidades intrínsecas de la humanidad como especie psico-biológica, tal como expone Rees: "(...) Ramas enteras de profesionales apoyaron el orden in-moral con rapidez y entusiasmo. El sistema jurídico quedó corrompido en cuestión de meses, mientras se instalaba y aceptaba un mundo paralelo de campos de concentración controlados únicamente por la "voluntad del Führer". En la Unión Soviética se inventó el "enemigo del pueblo", un "delito" polisémico que permitía que cual-

quiera pudiera ser detenido por cualquier cosa; y el aparato jurídico lo adoptó con júbilo. En Japón las autoridades legalizaron la esclavitud y la violación en los "centros de recreo", y los militares estuvieron de acuerdo. (...) Pero lo más preocupante de todo quizá sea la diligencia con que la profesión médica de estos tres países arrinconó sus principios hipocráticos y comulgó con la inmoralidad y el crimen. Los médicos alemanes adoptaron el programa de "eutanasia" y mataron a niños y adultos discapacitados por medio de una inyección letal. Los profesionales de la medicina también fueron elementos capitales en el proceso de selección de Auschwitz, ya que decidían quien debía morir en el acto y quién salvarse temporalmente de una ejecución asegurada. Mientras los médicos soviéticos declaraban "locos" a presos políticos totalmente cuerdos que eran torturados en hospitales psiquiátricos especiales. Y los médicos japoneses aprovecharon todas las oportunidades

"(...) la conducta sociopática puede analizarse (...) como una inmanencia potencial de la especie humana que puede despertar en determinadas circunstancias (...)"



que les ofrecía la guerra en China para llevar a cabo experimentos humanos.”

Podría pensarse que este tipo de cosas sólo ocurren en circunstancias históricas especiales, países determinados, contextos culturales primitivos, etc. Hipótesis que puede discutirse *ad sacietas* y en la que no vamos a entrar, lo que sí es cierto –a juzgar por el análisis detenido de estas cuestiones– es que **la conducta sociopática puede analizarse no sólo como un síndrome psicopatológico inherente a la personalidad de determinados individuos, sino como una inmanencia potencial de la especie humana que puede despertar en determinadas circunstancias bajo el elenco de un variado número de causas.** No hace falta explicar la importancia de los factores individuales y educativos en la emergencia de tales conductas (la eterna discusión entre herencia y ambiente).

En nuestro mundo actual también podemos rastrear muchos casos de distanciamiento emocional inducido por determinados grupos políticos para conseguir que sus prosélitos actúen en determinada dirección. Exponemos, por su especial significación, un fragmento del artículo de Francisco Oterino ⁽³⁾ publicado en esta misma revista no hace mucho tiempo: “(...) *En la instrumentalización de la violencia se utilizan poderosos mecanismos de neutralización derivados del aprendizaje social. Entre los métodos utilizados por los integrantes del MLNV, la “Kale borroka” y militantes de ETA para justificar los actos terroristas y eliminar el sentimiento de culpa, se incluyen: La deshumanización de las víctimas (“son unos perros, txakurras”); la justificación de la violencia por ideologías utópicas (“lucho por liberar a mi pueblo de*

la represión española”), la negación de la víctima (“se lo merecía”)o la descalificación de quienes reprochan el hecho criminal (“Son unos fascistas españoles”).”

Como vemos –y para desgracia de la humanidad– la sociopatía, considerada como una conducta electiva y no como un trastorno psicopatológico que afecta a un determinado número de individuos, es algo que puede ser generado por determinados grupos políticos y sociales de muy variado signo. La diferencia esencial que existe entre los casos anteriores y los sociopatas criminales de nuestras sociedades radica en que los “criminales circunstanciales” seleccionan a sus víctimas basándose en una serie de códigos y normas xenófobas, raciales, culturales, nacionales, etc. que son asumidas y que no tienen por qué darse en las personalidades psicopatológicas. Más aún, una vez cesa la fuente dimanante que condiciona presumiblemente la conducta, dicha conducta agresora y sádica cesa, al menos no de manera tan virulenta (ignoramos si será recurrente). En este sentido, Laurence Rees se maravilla por completo al observar la aureola de respetabilidad y bondad que emana de muchos asesinos y genocidas en su medio actual, rodeados de vecinos y habitantes que ignoraban completamente lo que esa persona había hecho durante la guerra, como si dijéramos una “vida anterior”. ■

AUTORÍA DE ESTE ARTÍCULO:

Alberto Angoso García.

Psicólogo, grafólogo,
perito calígrafo y
documentoscópico;
miembro de la “Académie
Internationale des Experts
en Ecritures et Documents”.

albertoangoso@terra.es

(1) “Quadernos de Criminología” n.º 2, Valladolid, julio/septiembre 2008.

(2) “Los verdugos y las víctimas. Las páginas negras de la Historia de la Segunda Guerra Mundial”. Editorial Crítica, Barcelona, 2008.

(3) “Surgimiento y Apogeo del Terrorismo”. “Quadernos de Criminología”, n.º 1, Valladolid, abril/junio 2008.